réír « ¡ah! ah! héteme católico apostólico y romano.» Profetizaba el demonio por mi boca. El señor de Bussières satisfecho de su victoria, quiso sacar todas las ventajas de ella.

« Ahora, dice, es preciso completar la prueba; se trata de recitar mañana y tarde el *Memorare*, oración muy corta y eficaz que dirigió san Bernardo á la Virgen santa. — « ¿Qué es eso de *Memorare?* exclamé; dejémonos de tonterías. » Porque en ese momento sentía avivarse mi animosidad. El nombre de san Bernardo me recordaba mi hermano, el cual había escrito la historia de ese santo, obra que yo no había querido leer, y ese recuerdo despertaba en mí los rencores contra el proselitismo y jesuitismo, y aquellos que yo llamaba tartufos y apóstatas.

Supliqué pues al señor de Bussières que no fuera más adelante, y no sin burlarme de él, sentía no tener yo también una oración hebraica para ofrecérsela, y fuese la partida igual, pero ni tenía, ni sabía ninguna.

Con todo eso insistió mi interlocutor, diciendo que, con negarme á recitar tan corta oración, hacía inútil la prueba, y comprobaría por lo mismo la realidad de la voluntaria obstinación que se achaca á los judíos. No quise dar importancia al asunto, y dije : « Bueno! yo prometo recitar esa oración ; si no me hace bien, tampoco me hará mal. » Y fué á truerla el señor de Bussières invitándome á copiarla. Consentí, « con la condición, dije, que yo me quedaré con el original, y usted con la copia. » Era mi intención enriquecer mis notas con otra pieza justificativa más.

Quedámos pues completamente satisfechos uno de otro; en resumen nuestra plática me había parecido extraña y me divirtió. Nos separamos y al volver á mi casa se me olvidó la medalla y el *Memorare*. *(Seguirá mañana.)*

DÍA DÉCIMOCUARTO

CONSIDERACIONES SOBRE LA COMPASIÓN DE LA VIRGEN SANTA [1]

Es María grande por su dignidad, grande por sus privilegios, grande por sus virtudes, no menos grande por sus dolores : y si queremos apreciar hasta qué punto padeció, no tenemos más que considerarla al pie de la cruz, y meditar las siguientes reflexiones :

1° Es una madre que pierde su hijo, su hijo tan tierno y respetuoso ; es preciso que renuncie á la dulzura de sus discursos, al consuelo de su presencia, á la felicidad de prodigarle sus cuidados ; le es forzoso verle caer en manos de sus enemigos, pensar en la muerte cruel que le están preparando. Y eso no basta, le es también forzoso desear esa muerte, porque Dios quería que aquella que había de ser llamada Reina de los mártires, agotara la copa del dolor; él había puesto en ella un amor inmenso por nosotros, para obligarle así á desear, por la salvación nuestra, la muerte de su Hijo. ¿Quién podrá comprender ese dolor de María? Lo comprenderéis, si pensáis en vuestra madre. Si os

1. Sacadas del P. Doucet.

la conservó Dios hasta ahora, felices vosotros; pero ¡qué lágrimas sólo con el pensamiento de una muerte inevitable! y si Dios se os la llevó ¡qué cruel recuerdo en vuestro corazón! Otra cosa es una madre que pierde su hijo. El corazón de una madre abriga particulares ternuras, y jamás el amor filial igualará al amor materno. ¿Queréis un ejemplo? considerad la Cananea, á cuya hija está atormentando el demonio; miradla á los pies del Salvador, ved sus lloros, oíd sus gritos, y decid si podéis distinguir quien padece más la hija, ó la madre: *Apiadaos de mí, hijo de David, mi hija está atormentada del demonio*. Obsérvese, dice Bossuet, que no dice: Apiadaos de mi hija; dice no más: Apiadaos de mí. Pero si quiere que se apiaden de ella, hable de sus males. No, yo no hablo más que de los males de mi hija; ¿por qué exagerar los míos? ¿no bastan los de mi hija para hacerme digna de compasión? Vemos pues en ese ejemplo un cuadro vivo del amor de las madres; parece que el amor las une tan íntimamente á sus hijos, que no hacen más que uno con ellos, y eso basta para hacernos comprender que los dolores de María son inapreciables.

2° No sólo es una madre que pierde su hijo, sino una madre que le ve morir con sus ojos.

« Fué María enterada por los apóstoles, que estaban presentes, de la traición de Judas y de la violenta prisión de Jesús: Supo de Juan, que

había sido testigo, lo que sucedió aquella noche en casa de Anás y de Caifás; supo la sentencia de muerte pronunciada contra su hijo como blasfemador, y por haberse proclamado Hijo de Dios. Ella sigue angustiada todas las peripecias de la Pasión, sin descuidar pormenor alguno. Ve con sus propios ojos á Jesús en el pretorio de Pilatos, en el palacio de Herodes, y otra vez en casa de Pilatos, y supo por sí misma, ó por los muchos testigos, de qué modo le habían tratado. Estuvo presente cuando públicamente subió Pilatos al tribunal, cuando se pronunció el pueblo en favor de Barrabás; vió cuando presentaron á Jesús al pueblo, con el cuerpo magullado y desgarrado, ceñida su cabeza con una corona de espinas, cubiertas sus espaldas con manto encarnado, y vió cuando el pueblo pedía su muerte con furiosos gritos [1]. »

Y todavía no es bastante. Es preciso que María suba al Calvario, que siga la dolorosa vía que siguió su Hijo, que deslicen sus pies quizá en la sangre de Jesús, que llegue á la cúspide del monte, que oiga el ruido de los martillos que hincan los clavos, que vea la cruz levantada, que asista en fin á la muerte más horrorosa.

En aquel momento siente que se verifica la profecía del santo anciano Simeón: *Una espada de dolor atravesará tu alma* [2].

1. *Mes de María de las almas interiores.*
2. Luc, II, 35.

En efecto, queda su alma atravesada é inundada de aflicciones. Si las espinas agujerean la cabeza de Jesús, dice Bossuet, sus punzadas atraviesan á María, si le presentan hiel y vinagre, bebe María toda la amargura, si extienden su cuerpo en la cruz, padece María toda la violencia. Representaos una madre que presencia la muerte de su amado hijo, ¡qué pesadumbre! ¡qué piélago de amarguras! ¡Qué debió pues experimentar el corazón de María al pie de la cruz, y cuán fundadamente se le llama la Reina de los mártires!

3° Es una madre que ve morir á su hijo sin poderle aliviar. En el curso ordinario de las cosas, cuando ve una madre que la muerte le arrebata su primogénito, permanece tierna y cuidadosa al lado de la cuna, aliviando con algún beso los padecimientos del hijo, y mecido en sus brazos, se duerme dulcemente ese ángel para despertarse en el cielo. Y luego, ¡cómo comparte uno su aflicción! ¡cómo llora uno con ella! ¡Cuántos corazones encuentra que se abren al relato de sus angustias! Quizá le queda otro hijo, otra hija; y entonces tendrá doble amor por el hijo que Dios le deja, y será menor su infortunio; pero María tiene que padecer todos los dolores sin alivio alguno, todas las angustias sin ningún consuelo. Verá morir á su Hijo al lado de ella sin poder sostener esa cabeza que se inclina con el peso del padecimiento; verá brotar la sangre en ese rostro

amado, sin poder atajarla, ni limpiar sus huellas; oirá aquel grito desgarrador: *Tengo sed*[1] sin poder ofrecer á sus ardientes labios un brevaje que los refresque; oirá la última exclamación sin poder, antes que expire, deponer en su frente la prenda de su amor y congoja. Y luego, al recobrar su espíritu agotado por tanto martirio, verá al rededor de sí ojos secos é indiferentes, oirá los últimos clamores del populacho, que canta victoria con feroz alborozo, y maldice, al retirarse, á la madre del crucificado. ¡Si pudiera morir con su Hijo! Pero no; es preciso que le sobreviva para sentir más hondamente el precio del tesoro que ha perdido. Cuando asistió la madre de los Macabeos al suplicio de sus hijos, la sostenía un pensamiento, que iba á morir con ellos... Pero María no podrá morir; ese solo y último consuelo, no lo tendrá; encadenada su alma en su seno, no podrá seguir al alma de su Hijo, y experimentará todos los horrores de la muerte, sin sentir sus dulzuras.

4° Perder su hijo, verle morir con sus ojos, verle morir sin poder aliviarle, sin poder morir con él, eso es para una madre el exceso del dolor, el colmo de la aflicción. Y sin embargo, hay para María al pie de la cruz otra circunstancia quizá más dolorosa que las demás, y es que no sólo pierde su Hijo porque le ve morir de muerte cruel, sino que pierde ese amado

1. Joann., XIX, 28.

Hijo, porque él cesa en cierto modo de ser Hijo suyo, pues á otro pone en su lugar. *Mujer,* le dice, *ahí está tu Hijo*[1]. Parece que ya el Salvador no la reconoce por madre, ya no la llama más que mujer; y como si en adelante ella cesara de ser su madre, le da otro hijo; *Ecce filius tuus. Ya no tiene hijo María;* Jesús, su hijo amado, cedió sus derechos á san Juan, y en tan triste estado pasa largo transcurso de años. Ella se queja al divino Salvador: ¡Oh Jesús! consuelo mío, ¿por qué me dejas tanto tiempo en la tierra? Jesús no le atiende, y la deja en manos de san Juan. Que viva con san Juan, es el hijo que le da Jesús. ¡Triste y cruel cambio! exclama san Bernardo, le dan á Juan en lugar de Jesús, el servidor en lugar del dueño, el hijo de Zebedeo en lugar del Hijo de Dios. Se complace el hijo en humillarla, y se toma Juan la libertad de reconocerla por madre; y humilde acepta ella el cambio; y acostumbrado ese amor materno á Dios, no se niega á bajar hasta un hombre.

Ese es uno de los sufrimientos de María, uno de los títulos que le aseguran nueva corona, y la hacen reina de los mártires. ¡Oh, cuánto sufrió antes de subir al cielo! ¡cuanto le costó el ser madre nuestra!

« María, ya sé ahora á qué precio compraste el título de madre de los cristianos, ya sé cuanto

1. Joan.

costé yo á tu amante corazón. ¿Puedo creerlo? ¿Tanta es mi dicha, que lleve yo el título de hijo de María, y lo sea en efecto? ¡Cómo, tú me admites como hijo tuyo! ¡Un pecador en lugar de Jesús, la inocencia misma; el verdugo de Jesús por mis pecados, sustituyendo á Jesús tan amable y dulce! ¡Oh María! ¡tú aceptas por hijo tuyo al que dió la muerte á tu divino Hijo! Tú consientes en perder un hijo Dios, para tomar en cambio un hijo pecador! ¡Oh, cuánto amor de ti, y cuánta felicidad para mí! ¡Oh! yo lo diré todos los días, y á todas las criaturas: María es mi madre. Yo lo diré en todas las épocas de mi vida; lo diré á las puertas de la eternidad, y de mis desfallecientes labios saldrá esta palabra de amor: María es mi madre. Iré á decirlo más allá de la tumba; sí, por tu intercesión, iré á decir en la asamblea de los escogidos, en el seno de la eternidad. María es mi madre[1]. » Amén.

EJERCICIO

Nos dicen la razón y la fe que vale más dar gusto á Dios y á María que á los hombres; no dejemos pues que nuestras pasiones, ó las máximas del mundo prevalezcan contra nuestra conciencia.

---

1. *Mes de María de las almas interiores.*

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Continuación de la historia de un veterano. — Procuré hacerle cambiar de intención, pues ví que estaba algo dudoso, pero no acerté, y deseándole se divirtiera seguí adelante. Sólo que andaba despacio, volviendo de cuando en cuando la cabeza, viendo que él me seguía de lejos. En fin me paré delante de una tienda para especarle, y cuando estuvo cerca de mí :

« Vamos, le dije, no hagamos el tonto. Tú quisieras venirte conmigo, y no te atreves á decírmelo. » Y como no contestaba : « Vamos, añadí, adelante, á Nª Sª de las Victoria. ¿No ves, nada más que por el nombre, que es la iglesia de los soldados? » Enlacé el brazo con el suyo, y sin hablar más, llegamos á la puerta de la iglesia. Entramos, y desde luego se quedó parado el muchacho al ver el coro lleno de hombres, jóvenes con bigotes, ancianos con canas. — ¿Cómo, me dijo con voz baja, en París mismo, tantos hombres en las iglesias? — ¿Crees tú, contesté, que Dios no es para los parisienses como para los demás? Estaba la iglesia llena de fieles; el oficio no había comenzado todavía, y reinaba por todas partes el silencio de la oración. Las velas y lámparas alumbraban la asamblea, cuyo profundo recogimiento no turbaba ruido alguno. Rezaba yo como los demás... « ¿Quién es ese sacerdote anciano, con semblante venerable, que está subiento al pulpito? me preguntó de repente el compañero, empujándome con el codo. Levanté los ojos : « Es un misionero, respondí bajito, que es actualmente el cura de la archicofradía. Luego te diré su nombre, que ahora va á hablar, oigámosle. » Mientras predicaba el cura, miré de reojo al compañero, el cual estaba cambiando, por momentos. Su emoción era evidente, y

no perdía de vista al predicador, cuya voz solemne y conmovedora, trémula y fuerte á la vez, penetraba hasta lo íntimo de su corazón... Cuando concluyó de hablar. » Tú ves, dije, ese sacerdote que acabas de oír es un antiguo militar. — ¿Ese? ¡ca! — Como te lo digo, dejó el uniforme por la sotana, y después de servir á su patria como buen oficial, se alistó en el ejército de Dios. Y luego dirán que no se hizo la religión para nosotros, sino para las mujeres sólo. » Mi compañero se sentía conmovido cada vez más, sus ideas y sentimientos de otro tiempo le volvían al corazón, y decía yo en mí mismo. « Bueno, ya llama Dios á su puerta, y pienso que no tardará en entrar. » Empezaron las letanías de la Virgen, bella y sencilla plegaria, en que hay lugar y consuelo para todas las miserias y sufrimientos... Se puso de rodillas, lo que aún no había hecho; vi al movimiento de sus labios que rezaba, y al llegar á estas admirables palabras : *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* (Refugio de los pecadores, ruega por nosotros) ; al oír que toda la asamblea las repitió tres veces con tono suplicante, adiós, ya no pudo más; se llenaron sus ojos de lágrimas, y escondió la cara entre las manos. Se concluyó; estaba convertido, y dije para mí : Mañana valdrá ese muchacho veinte y cinco veces más que yo, eso si no es ya hoy día. Concluído el oficio, se levantaron todos para retirarse, lo que todos hicieron pausadamente ; y el seguía de rodillas, y rezando ; y viendo que sólo quedábamos los dos, y que iban apagando las luces, díjele tocándole con el brazo : « Vámonos, se va á cerrar la iglesia. » Levantó la cabeza diciendo : « ¿Ya? » ¿Que tal? ya, y hacía dos horas que estábamos en la iglesia. Pero así sucede siempre, esos hijos pródigos son los bienvenidos de Dios; es preciso también confesar que el tal muchacho tenía no pequeña cuenta atrasada que arreglar. Salimos en

fin, y no había nadie en la calle; se me echa encima como un tonto, me estrecha en sus brazos, me da mil gracias, llamándome su salvador, su amigo, y ¿qué sé yo? un montón de cosas que me daban ganas de llorar. « ¿Qué tal? ¿no te lo dije? mira como no te engañé al prometerte una buena velada. — Por cierto, amigo, muy buena, contestó, me acordaré toda mi vida. No puedes figurarte la impresión que hizo en mí la voz y palabras de ese anciano sacerdote, aún estoy conmovido. Eso no es extraño, contesté, ya te dije que es un antiguo oficial; y es muy natural que un soldado obedezca á la voz de un capitán... » Al día siguiente lo llevé á una de esas escuelas de soldados que tanto bien hacen al ejército. Encontró allí lo que buscaba, un excelente eclesiástico, muy adicto á los militares amigos de la instrucción, de los buenos consejos y ejemplos; y desde aquel momento, ya no se desvió. Ni un día de sala de policía, ni una visita á la taberna, nada. Se hizo el mejor cristiano, y el soldado mejor del regimiento. Al concluír su servicio, volvió á su aldea, se casó, y sigue aún hoy día siendo ejemplo de la gente honrada.

Continuación de las reliquias de una buena madre. — Una mañana le trajo el carcelero una carta cerrada con lacre negro, y con el sello de Charmes. Era del cura, el cual participaba á José que su digna madre, enferma desde quince días, no había podido sobrellevar la noticia de su desgracia; que había entregado su alma á Dios, dándole gracias de haber perdonado á su hijo; que no llevaba consigo á la tumba sino amor y perdón. Su último pensamiento fué un pensamiento de dicha, pues tenía por cierto que su hijo se había convertido; ella le recomendaba otra vez al morir qne no se olvidara de Dios ni de sus deberes, y guardara siempre con

respeto la medalla de su madre, y el compás de su padre, el cual, habiendo servido para el crimen, serviría también para la rehabilitación. Recibió José la noticia con profundo dolor, pero la aceptó como otra expiación debida á sus culpas.

El juez le tomó declaración en la cárcel. Diéronle un abogado, quien le aconsejaba que se defendiera alegando la provocación, etc. José no quiso consentir, todo lo confesaba, reconociéndose reo, y no queriendo más defensa que su arrepentimiento y confesión. Llegó el día del juicio; fué introducido el encausado por dos guardias civiles en el recinto, y al entrar, no vió más que dos cosas: la imagen de Cristo en la pared, encima de la silla del presidente, de Cristo sentenciado aunque sin culpa, mientras que él se sentía verdaderamente criminal, y adoró en su pecho la justicia y bondad de Dios; y luego vió, entre las piezas de convicción de su crimen, el fatal compás, que le pareció todavía ensangrentado. Á las preguntas que le hicieron, contestó sin ambajes, declarándose digno de castigo; pero no pudo contener las lágrimas cuando le presentaron los vestidos de León manchados de sangre. Se enternecieron los magistrados de tan sincero y profundo arrepentimiento, tampoco insistió el ministerio público sobre un castigo severo, y José, declarado culpable de *golpes y heridas que habian ocasionado la muerte, sin intención de darla,* fué sentenciado á seis meses de cárcel.

Al volver á su prisión, se puso de rodillas y rezó: vino el capellán, para hablar con él y le encontró prosternado.

« ¿Cuál es el alivio que se podría proporcionar á su detención? le preguntó el digno sacerdote. — Ninguno, respondió José, no merezco ninguno, pero sería grandísimo favor para mí que me devolvieran el compás que yo nunca dejé hasta que me encerraron aquí. »

No le disimuló el eclesiástico que eso era cosa muy difícil, que jamás se dejaban armas en manos de los penados; pero que haría cuanto pudiera para lograr esa gracia.

« Mientras tanto, repuso José, mi medalla me consolará, » y la besaba con cariño. Cuando el día siguiente volvió el capellán, anunció á José que era imposible satisfacer á su desco, pero que él había ideado una cosa : « Me han prometido, dijo, que me entregarían el compás, que está depositado en la escribanía, y que podría yo disponer de él si usted consiente ; y entonces podríamos hacer esto : ofrecerlo como exvoto á Nª Sª de las Victorias, para lograr la gracia de conservar los sentimientos cristianos que ha recobrado usted, y la de ser pronto puesto en libertad. Yo depondré ese instrumento en nombre de V. al pie del altar de la buena Virgen, y al salir de aquí irá V., á tomarlo. Yo conozco al cura de Nª Sª de las Victorias, y no se negará cuando le cuente el caso. »

Quedó José muy agradecido por tan generoso pensamiento, y abrazó al capellán, suplicándole pusiera cuanto antes el proyecto en ejecución. El respetable cura de Nª Sª aceptó, y aun quiso añadir el favor de un novenario de misas celebradas á la intención del preso.

Transcurrieron uniformes los días para José : oración, trabajo, alguna buena lectura y plática con el capellán. Su dulzura, su calma, su arrepentimiento y buen porte admiraban á cuantos le veían, de modo que, á los dos meses recibió la noticia que se le había remitido lo restante de la pena, y se le devolvía la libertad, Su primer cuidado, al salir de la cárcel, fué volar á Nª Sª de las Victorias. Se prosternó ante la imagen de la Virgen, y prometió volver allí todos los días. El capellán de la prisión lo presentó al venerable cura, se le devolvió el querido compás. Le fué forzoso buscar trabajo para comer, y no era cosa fácil. Al saber la historia de José, su condena y su detención, todas las puertas se cerraban. Para el pobre obrero eso no era más que mediano contratiempo porque abrigaba su alma otra idea; idea de arrepentimiento, de abnegación y expiación.

Un día, trasladóse al altar de la Virgen cual solía, rezó más tiempo que de costumbre; y luego se levantó como llevado de súbita resolución. Con iluminado semblante, fué á llamar á la puerta del convento de los Hermanos de San Juan de Dios. Habiéndole recibido el respetable prior, le contó él su historia con todos sus pormenores, y concluyó diciendo que no tenía más que un deseo, entrar en su orden para consagrarse á Dios, á los pobres, á los enfermos, y reparar con completa abnegación sus culpas, sus extravíos y escándalos.

Se le atendió, y se le abrieron las puertas de la comunidad. José pasó el noviciado edificando á sus hermanos, agradeciendo á Dios cada día el derramar sobre él los tesoros de su gracia y misericordia; y hoy día, ya profesó. Lleva siempre la medalla al cuello, y logró permiso para hacer de su compás un crucifijo, que suspendido de la pared de su celda, es de ella el más notable ornato.

Conversion de M. Ratisbona (continuación). — Encontré en mi cuarto una esquelita del señor de Bussières, que había venido á pagarme la visita, y me convidaba á volver á verle, antes de mi partida ya resuelta para el día siguiente. Tenía que restituirle el *Memorare* ; copié maquinalmente unas palabras de san Bernardo, sin casi ninguna atención; pues estaba no poco cansado y necesitado de dormir. Al día siguiente 16 de enero, dispuse mi partida, pero yendo y viniendo, no cesaba de leer las palabras del *Memorare*. ¿ Cómo, Dios mío, se apo-

deraron tan viva é íntimamente de mi espíritu esas palabras? No podía echarlas de mí, volvían sin cesar, y las repetía continuamente, cual arietas de música que nos persiguen, y tarareamos sin saberlo, por más esfuerzo que hagamos. Fuí á casa del señor de Bussières para devolverle la inextricable oración. Por una influencia incomprensible concedí á sus instancias lo que obstinadamente había negado á mis amigos, resolví quedarme en Roma hasta el 22 ¿ Cuál pues era, Dios mío, ese irresistible impulso que me llevaba á lo yo no quería?

El 20 me encontré con el coche del señor Teodoro de Bussières; el cual me invitó á subir en el, para dar un paseo juntos. Acepté gustoso; pero el señor de Bussières me pidió permiso para pararse unos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos, que allí cerca estaba, por una diligencia. Me propuso que le aguardara en el coche, yo preferí ver la iglesia.

Es chica esa iglesia, pobre, desierta; creo que sólo yo estaba en ella... ningún objeto me llamaba la atención, y miraba maquinalmente al rededor de mí sin pararme en ningún pensamiento. Luego después desapareció la iglesia entera; ya no vi nada... ó más bien, Dios mío, ¡ no vi más que una cosa !!! pero ¿ cómo es posible decirla? no, la palabra humana no debe probar de decir lo indecible; toda descripción, por sublime que pudiera ser, sería una profanación de la inefable verdad.

Estaba yo prosternado, bañado en lágrimas, fuera de mí el corazón, cuando el señor de Bussières me llamó á la vida. No podía contestar á sus precipitadas preguntas; y en fin, saqué la medalla que estaba en mi pecho, besé con efusión la imagen de la Virgen resplandeciente de gracias...; ¡ Oh ! ¡ ella era verdaderamente!

Yo no sabía donde estaba, ni sabía si era yo

Alfonso ó algún otro; sentía en mi un cambio completo, completo, creyendo no ser yo. Procuraba volverme á encontrar, y no me encontraba; el gozo más ardiente estalló en lo íntimo de mi alma; no pude hablar, no quise revelar nada; sentía en mí algo solemne y sagrado que me incitaba á pedir un sacerdote; me llevaron á él; y sólo cuando se me dió orden terminante, hablé como me fué posible, de rodillas y temblando el corazón. »

Aquí tomaremos el relato del señor barón de Bussières. « Le llevé al P. Villefort, el cual solicitó que se explicara. Ratisbona entonces saca la medalla, la besa, la enseña, y exclama: ¡ *Yo la he visto! la he visto!* Y todavía le domina la emoción, y luego más sosegado, ya pudo expresarse, y estas fueron sus propias palabras:

« Hacía un instante que había entrado en la iglesia, cuando de repente sentí en mí una turbación indecible. Levanté los ojos; y todo el edificio había desaparecido. Sólo una capilla había concentrado, pordecirlo así, toda la luz, y en medio de ese resplandor, apareció en pie sobre el altar, grande, reluciente, llena de majestad y dulzura, la Virgen María, tal cual está en la medalla; una fuerza irresistible me impelía hacia ella; la Virgen me hizo señal con la mano para que me arrodillara, y pareció que me decía: Está bien; *no me ha dicho nada pero todo lo he comprendido.* »